

DESAFÍOS DE UNA PROPUESTA CATECUMENAL EN EL AMBIENTE UNIVERSITARIO

Alicia Gómez¹

EL ÁMBITO UNIVERSITARIO

“Una vez atravesada la puerta, no podía dar marcha atrás. El breve espacio de tiempo que los estudiantes tienen para almorzar, era de las pocas oportunidades para ‘hacerse el encontradizo’. Los pasillos, el patio de la casa central, la cafetería; esas eran nuestras ‘oficinas’ de la pastoral universitaria, desafiando el carácter laicista y aconfesional que con tanto orgullo profesan los estatutos de esa universidad.

Las chicas y chicos pasaban distraídamente. Ellos ya habían hecho suyo ese ambiente, ahora nosotros teníamos que hacerlo nuestro. Un extraño vértigo se apoderó de mí. Estaban allí, eran el futuro: jóvenes que en breve estarían ocupándose de las grandes empresas y del gobierno del país.

¹ Hermana de Verbum Dei. Misionera colombiana Magíster en Teología, Licenciada en Historia, docente en la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso y en la Universidad Católica Silva Henríquez.

¿No era acaso la llamada más fuerte en la labor misionera, evangelizadora, catecumenal?” (A. Gómez)

La pastoral universitaria es un campo fértil que incluye también los institutos de educación superior y técnica y abarca adolescentes, jóvenes y adultos porque se extiende a los estudiantes, profesores, administrativos, y personal de trabajo.

Como institución educativa en sí, encarna dos aspectos fundamentales: *la construcción y comunicación de conocimientos y la configuración de valores* en sus estudiantes, siendo también un ámbito privilegiado para el contacto directo con los protagonistas que están gestando las *nuevas culturas y subculturas*.

Por eso, la insistente llamada de la Iglesia a dedicarnos a este campo, en cuanto a la pastoral de jóvenes, y en el *diálogo con la ciencia y la cultura*.

De este amplio panorama, voy a centrarme en las experiencias vividas personal y comunitariamente en instituciones aconfesionales, pues constatamos que hacer camino en ese entorno posibilita la proyección y adecuación de la pastoral y catecumenado en las instituciones católicas, en las que también hemos realizado nuestra labor evangelizadora.

FLEXIBILIDAD EN LA FORMA, HONDURA EN EL CONTENIDO

La vida me ha enseñado que el mejor método es la improvisación, y con esto no me refiero a una alocada carrera sin norte. Por el contrario, como alguien enfatizaba, improvisar es la capacidad de adaptar a la situación presente, lo que tenemos más orado, reflexionado y preparado.

Esto presupone una actitud consciente y trabajada de escucha que parte por ese “*descálzate, porque pisas tierra sagrada*” (Ex 3). Es la petición de Dios a Moisés, antes de confiarle su pueblo. Descálzate

de prejuicios y juicios, formas de pensar y ver el mundo, descálzate de respuestas hechas y entonces no importa la edad que tengas serás capaz de recuperar ese espíritu joven, que no teme dejarse interpelar por las preguntas internas o la cruda realidad externa.

Se trata de ser permeables y hasta vulnerables, para no llegar con una agenda ya planificada, sino esperar a dejarse herir por la realidad que ellos vivencian, recogiendo su percepción de las situaciones, del mundo, de su futuro; sus anhelos no expresados, sus vacíos. Percibir el cansancio físico e interior, cuando ahogan por dentro cualquier queja de la sobre-exigencia del estudio, del esfuerzo por conservar el promedio de excelencia, la beca, o la orgullosa expectativa de los padres que están haciendo lo imposible para sostenerlos económicamente, muchas veces lejos de su lugar de origen. (En el 2010, más del 60% de los estudiantes de esa universidad situada en Valparaíso, procedían de diversas regiones de Chile, más lejanas que simplemente Santiago y sus alrededores).

En esa “desnudez interior” la mirada traspasa esa inicial frialdad autosuficiente o indiferente cuando escuchas esa respuesta que nunca cambia: ¿cómo va? “bien”. Por eso, la intencionalidad primera no es hacer cosas, actividades, sino acercarse radicalmente a las personas, adentrarse más allá de la apariencia de la moda que no solo impregna la forma de vestir sino los gestos, las costumbres, las alternativas de diversión, los giros del lenguaje, las formas de socialización, la intercomunicación con toda la variedad tecnológica en la que parecen totalmente abstraídos. Y también atrapa a los pocos contestatarios que intentan luchar por romper inútilmente las cadenas del sistema en el que continúan inmersos.

El darle tiempo a percibir en profundidad cada persona marcará la diferencia en nuestra forma de pensar “el hacer”, las actividades o iniciativas, la forma de trato y hasta los carteles, anuncios e invitaciones que realizamos. Es el desafío de un descentramiento de nosotros mismos y nuestra tarea; para estar disponibles para ellos y su necesidad. Me imagino algo así como la diferencia

entre un médico cómodamente sentado en su consultorio esperando los pacientes de su especialidad y un médico en la sala de urgencias, dispuesto a jugarse el todo por el todo para salvar cada vida, como llegue.

En este sentido una de las herramientas claves tiene que ver con la comunicación, nuestro lenguaje sobre Dios, nuestras formas de expresión y explicación de la fe y la doctrina. Si nuestro mensaje no cala, no impacta, no es responsabilidad de ellos, sino nuestra. Así lo afirmaba ya el Concilio Vaticano II, en la “*Gaudium et Spes*”: el ateísmo de muchos es debido a nuestro anti-testimonio y a la inadecuada explicación de la doctrina o del anuncio del Evangelio.

Por eso, la tarea más ardua en el catecumenado del ámbito universitario es justamente la de “poder ofrecer un lenguaje significativo” que implica esa flexibilidad en la forma y hondura en el contenido, para que puedan decir como en el evangelio, al escuchar a Jesús: “*habla con autoridad*” (Mc 1,27).

La búsqueda de esa significatividad, no se logra por grandes argumentaciones, ni apologías, ni por la vía de la simulación de adaptarnos exteriormente al joven universitario y su mundo, asumiendo su nuevo lenguaje jeroglífico de los mensajes de texto o los emoticones. La significatividad empieza cuando nos tomamos en serio dos preguntas:

1. Lo que transmito, predico o comento ¿estoy convencido por propia experiencia que puede realmente dar respuestas a lo que viven, darles sentido, darles luz en sus dilemas? o solo es manejo de lenguaje, consejos, en una palabra, placebo; que no abre posibilidades de ser plasmado en la realidad, ni forjar salidas.
2. ¿Me he dejado interpelar y cuestionar por qué clase de imagen, representación, experiencia o formulación de dios, es la que rechazan?

Es muy probable que también nosotros seamos ateos y rechacemos “esas representaciones de dios”, ridiculizadas por la ciencia, que todavía se escandaliza del conflicto con Galileo como si estuviéramos aún en la imposibilidad de ser científico y creyente. O esas lecturas de la Biblia, en las que aparece un dios arbitrario, violento, castigador, en una palabra rival del hombre, y ante el cual lógicamente reacciona Nietzsche con su célebre reflexión: “dios ha muerto, nosotros le hemos matado...” ese lenguaje sobre dios que no es el Dios de Jesús de Nazareth, ni su Evangelio, también nosotros lo rechazamos.

Es posible, que simplemente les haya herido el “escándalo de las instituciones, que en lugar de revelar a Dios lo hemos velado como también repetía el Concilio; o posiblemente incida el *vaciamiento de contenido* que tienen las palabras y expresiones religiosas en una juventud que no ha tenido ámbitos cercanos a una fe viva y renovada, y que sin siquiera saberlo, con la inexorable evolución de los significados del lenguaje, han incorporado nuevos contenidos visuales o lingüísticos a las palabras que antes se reservaban para el ámbito religioso o litúrgico.

Para ilustrarlo con algunos ejemplos, ¿quien no ha notado que en España utilizan palabras como “hostia” con el significado de una grosería o garabato?, ¿No hemos acaso visto restaurantes llamados GULA y otros sitios LUJURIA; generando esa significación peyorativa y ridiculizante de términos asociados a la doctrina? O la publicidad que asume las frases bíblicas Renault “camino, verdad y vida”. Y más aún, los carteles de quienes protestan por abrir paso a nuevas leyes, y sienten en la institución católica una barrera ideológica, por lo cual recrean hiriente e irónicamente juegos de palabras “Virgen, que concebiste sin pecado, ayúdanos a pecar sin concebir”

Pero atención, no hay que temer. Asistimos a la muerte de un lenguaje, de sus signos o significantes, pero NO de la realidad significada: DIOS; que sigue latente en la búsqueda de trascendencia,

la necesidad de espiritualidad, las alternativas pseudoreligiosas, la vuelta a la naturaleza y otros tantos fenómenos similares. El desafío es por ello, lograr un lenguaje significativo, que no va a brotar simplemente de grandes estudios, sino de mucho amor por las personas que Dios pone en mi camino y de oración, que nos permita como dice una de las plegarias Eucarísticas, descubrir y plasmar el “gesto y la Palabra oportuna”.

LA DIFERENCIA ENTRE UN CONCIERTO Y CAPTAR UNDESCONCIERTO

Los puentes hacia un catecumenado explícito, no se logran con proyectos, metas, planificaciones, objetivos. Esto se ha mostrado insuficiente, al igual que el multiplicar o diversificar actividades, cuando la intencionalidad está teñida por el interés de la captación de personas, del darse a conocer; como si la cantidad, resultados o supuesta eficacia fuera lo importante.

La direccionalidad es la contraria. Se nos pide acercarnos primero a esa experiencia de Jesús: “viendo a la muchedumbre, sintió compasión de ellos porque estaban vejados y abatidos como ovejas que no tienen pastor. (Mt 9, 36-38). Somos llamados y enviados al pueblo de Dios, a sus hijos. Captando esa compasión de Dios, sabremos crear esa empatía con los jóvenes, sus inquietudes y su visión de mundo; podremos descifrar esos “signos de los tiempos” que marcan la diferencia entre un simple evento y un gesto evangelizador.

No se trata de intentar emular sus gustos, o su música, que a menos que sea desarrollado desde un explícito carisma profesional, no tiene nada que hacer frente a los espectáculos a los que ellos en cualquier momento pueden acceder. Por eso, en una de nuestras experiencias, parecía un desatino nuestra opción.

Recuerdo como esos días en la universidad, las conversaciones en el casino, los letreros de los murales, los grafitis; todo giraba en torno a un hecho y hablaba del malestar y desconcierto que causaba la guerra recién declarada en el Medio Oriente. Entonces surgió la idea de realizar un “CONCIERTO POR LA PAZ”.

De un amigo a otro, fuimos conociendo jóvenes que interpretaban algún instrumento o cantaban; se configuró un pequeño grupo que empezó a ensayar las 5 canciones que iban a ser NO un espectáculo, sino una progresiva predicación, que partiendo de la sensibilidad compartida por la paz, fuera ofreciendo los valores del Evangelio para culminar en la persona de Jesús.

Después de muchos ensayos, carteles, panfletos, micrófonos, las autorizaciones pertinentes y un inolvidable cartel hecho en un rollo de tela blanca que colgaba desde el tercer piso hasta el patio, convirtiéndose en telón de fondo de nuestro improvisado escenario, se dio comienzo al concierto, con el lema que ostentaba el mismo cartel “LO NUESTRO ES LA PAZ”. Cada canción elegida, no solo marcaba un estilo y tenía su propio trasfondo, sino que iba acompañada por el testimonio de los distintos chicos y chicas que participaban en la pastoral; sus búsquedas, sus luchas y temores, sus pasos y cambios, sus opciones de fe.

El eco de la canción de Alberto Plaza “No demores, únete pronto, que ya somos miles y miles los que no queremos más guerras, los que no queremos fusiles” empezó a llamar la atención de los que atravesaban el patio. Algunos permanecieron hasta el final y otros después de un rato continuaron su camino, no sin que antes hubiéramos intercambiado informalmente algunas palabras con cada persona, conocer algo de sus inquietudes o lo que opinaba del evento; éramos el otro tipo de artistas, abajo del escenario; entregándoles las canciones, el mensaje y una invitación a los “espacios de diálogo” que realizábamos como grupo abierto para debatir distintos temas de interés.

Fue como David contra Goliath, un acto aparentemente insignificante frente a las fuerzas internacionales en combate; pero un acto de singular valentía para los que se atrevieron a dar su testimonio en medio del patio central de su propia universidad, frente a sus amigos (en su mayoría ateos o agnósticos). Lo significativo, era leer lo que estaba pasando a nuestro alrededor y como comunidad de fe, que se sabe forjando un futuro distinto, suscitar una conciencia crítica y una mirada abierta y comprometida con nuestro mundo.

Así empezábamos a generar, en su mismo espacio universitario, una vía alternativa de acción y compromiso personal, porque la guerra, la violencia no se improvisan, se forjan en las opciones diarias de personas como cualquiera de nosotros. Entonces no hay parálisis posible ante las tragedias o sufrimiento del mundo. Por el contrario, nos saca de lo estático, nos impele a acciones aparentemente intrascendentes, pero que generan la capacidad de reaccionar, de no ver los problemas como ajenos a nosotros, inaccesibles, inamovibles; sino potenciar la inmensa fuerza de la coherencia de vida desde lo pequeño, que ya está repercutiendo en todo y todos y que tarde o temprano saldrá a la luz, impulsando nuevas iniciativas.

Por eso el concierto marcó el acercamiento de muchos jóvenes, que se sintieron identificados con esa búsqueda de algo diferente; con las inquietudes y miedos expresados, con la posibilidad de expresar sus convicciones, o con la frescura de aquellas palabras sobre Dios que habían sido capaces de expresar sus mismos compañeros de universidad, convencidos de que su vida, sus opciones de ahora, estaban colaborando en la creación de un mundo diferente.

DE LA SOLEDAD DE LAS RESIDENCIAS A FORMAR UNA COMUNIDAD/FAMILIA EN LA FE

Al final de aquel concierto, algo muy significativo, fue un joven que se acercó para felicitarlos por atreverse a cantar la última canción interpretada y otro que llegó tímidamente hasta la tarima y les pidió que la repitieran, era “Canción al Corazón de Jesús” de Cristóbal Fones.

Una nueva puerta se abría, no partimos de cero, Dios había hecho un trabajo previo en muchos corazones que al dejar sus regiones y familias, habían perdido también algo de su identidad católica, sus ámbitos de pertenencia a una comunidad parroquial, educacional o religiosa y se encontraban frente a la marea de la increencia, los argumentos contra la fe, la biblia o la Iglesia. Ese fue otro de los signos de los tiempos, que marcaron la configuración de la pastoral y el catecumenado.

Recibíamos el fruto de la entrega y el trabajo desinteresado de muchos catequistas que habían hecho camino antes que nosotros en esos estudiantes. Ellos descubrieron entonces que la Iglesia no se acababa en las fronteras de sus regiones de origen sino que se abría con perspectiva universal, que tenía una respuesta para sus interrogantes, que sabía dialogar con las críticas y dudas sin escandalizarse, que creaba una continuidad en el crecimiento interior y en la posibilidad de renovar constantemente esa experiencia existencial de la persona de Jesucristo, como compañero y guía de la nueva etapa de su vida y para siempre.

Cada día la Pastoral iba recreándose con un matiz, ahora intentábamos forjar esa familia/comunidad/ fraternidad, no por capricho o moda, sino para responder a la soledad “en compañía” de tantos estudiantes en residencias, con un poco de comida fría y la lejanía de sus parientes. Las circunstancias nos habían hecho descubrir uno de los rasgos que debía tener la pastoral y el catecumenado en el ámbito universitario. Una visión integradora de la espiritualidad y la acción pastoral, que sepa acompañar las personas desde

enseñarles a valerse por sí mismos en la comida básica; poder contar con una mano amiga cuando están enfermos y no saben que hacer o donde acudir; tener un espacio de reforzamiento de estudio, cuando se estrellan con “notas rojas”, a veces por primera vez en su vida, o crear un equipo de fútbol, entre muchos que jamás habían jugado, no para competir, sino para compartir, crear un espacio lúdico que nos recuerde “que el sábado es para el hombre y no el hombre para el sábado” (Mc 2, 27-28), que el estudio no es absoluto, que mi identidad no es la nota que me saque en el examen, ni el título universitario.

Así, todos, en nuestro pequeño grupo o comunidad de fe, ponían al servicio sus talentos para sobrellevar las carencias y necesidades de los otros. Se había creado una verdadera cadena, donde cada eslabón era importante y hacía posible que esa tarea misionera y catecumenal, que integraba y encontraba ese matiz evangelizador, creador de nuevas actitudes y gestos hasta en los hobbies; porque no se trataba de transmitir conocimientos, sino de irnos entrenando en una forma de vida coherente y consecuente con el Dios con el que convivimos y con lo que decimos creer.

EL CATECUMENADO COMO PROCESO PERSONALIZADO DE CRECIMIENTO

El compartir en los grupos de diálogo, es uno de los núcleos del catecumenado, porque era una verdadera escuela de discernimiento, donde desde simples comentarios, iban aflorando circunstancias de vida, sufrimientos, errores y aciertos que se convertían en la materia prima para ejercitarnos en un sano discernimiento, verdadera espacio de formación moral y ocasión para buscar los cómo de un seguimiento de la persona de Jesús y los valores del Evangelio en nuestros ambientes y circunstancias.

Las necesidades que emergían entre los jóvenes, daban a luz las distintas instancias que se creaban: acompañamiento espiritual, preparación explícita para los sacramentos: desde primera comu-

nión, confirmación, matrimonio y hasta el gozo del bautismo de jóvenes que sus padres, no creyentes o no practicantes, habían decidido dejar que tomaran su propia decisión cuando fueran mayores. O aquella chica judía que Dios mismo atrajo, y después de un perseverante camino de iniciación, llegó gozosa a bautizarse, en compañía de sus padres y su hermano (rabino), que asistieron a la celebración del sacramento, y la apoyaron cuando además de su carrera de ingeniería química, estudió a la par teología, para ahondar en los fundamentos de su fe Cristiana-católica, que le había dado un nuevo rumbo a su relación con Dios.

Todo lo anterior, explica por qué el proceso de catecumenado como introducción o profundización de la fe, u orientado a un sacramento se lleva casi personalmente o en pequeños grupos. Solo así se logra responder a la variedad de situaciones y adaptarse a la disponibilidad de horarios en la vorágine de asignaturas, seminarios, prácticas, exámenes, y también trabajos, porque profesores, administrativos y personal de la universidad eran parte activa de nuestra pequeña comunidad.

Este es otro rasgo específico que descubrimos. Son justamente los profesores y administrativos, que con su permanencia en el tiempo, van siendo una columna firme, de testimonio, de acogida, de contención para los estudiantes que van llegando y partiendo. La estabilidad de los primeros nos enseñó a entrelazar lo efímero del paso de los estudiantes que están 5 o 7 años, y luego continúan su camino en otros ámbitos.

Pero nuestra labor, no termina ahí, los nuevos profesionales, han de seguir creciendo en su camino de seguimiento de Jesús y por eso el acompañamiento espiritual es esencial en esta etapa, para discernir los nuevos rumbos según las capacidades, sensibilidad, necesidades y llamada de cada uno. Unos han encontrado su sitio en múltiples carismas que el Espíritu Santo ha suscitado en la Iglesia, otros en parroquia cercanas a sus casas, otros como laicos consagrados o vocaciones a la vida consagrada, al sacerdocio o

en comunidades y movimientos misioneros. Y también algunos continúan no como estudiantes sino como colegas en el profesorado y que ahora, ya sin la primera timidez, son los que llevan en gran parte la pastoral universitaria y marcan con su testimonio de vida a muchos de sus mismos alumnos que se motivan a participar al ver el compromiso, cercanía y calidad de persona que encuentran en ellos.

También hay quienes se nos pierden de vista, pero no del corazón y la oración. Y en ocasiones, con sorpresa nos buscan para prepararse para el matrimonio, para el bautismo de sus hijos, o para discernir algún problema o pedir que acompañemos a algún familiar o amigo, como un día ellos se sintieron acompañados.

Sin embargo, no podemos dejar la impresión de caminos solitarios, al contrario, el camino personal confluía con el comunitario en las jornadas de profundización, las acciones solidarias, los retiros de oración, las misiones, los ejercicios espirituales desde un día hasta quince días, los encuentros interuniversitarios o intercontinentales, la celebración de la Semana Santa, las Eucaristías de comienzo o final de curso, y sin lugar a dudas el mes de María; que nos congregaban a unos y otros en la medida de las posibilidades y volvían a reiterar la experiencia de ser comunidad en camino y saber que se habían creado lazos tan hondos como los de las mismas familias.

CUANDO LA ENFERMEDAD Y LA MUERTE SE CONVIRTIEN EN LLAMADA

Seguir el día a día de los estudiantes, administrativos o trabajadores en la universidad, necesariamente nos ponía en contacto también con sus dolores, preocupaciones y angustias.

Cada semestre el suicidio de uno o más estudiantes de la universidad, estremecía profundamente a todos los que estábamos allí. Era imposible pasar de largo cuando en el ambiente se respiraba esa pregunta silenciosa ¿por qué?

¿Por qué si eran estudiantes de excelencia, casi siempre con los promedios más altos? ¿por qué si miles de jóvenes habrían dado lo que fuera por haber podido estudiar en esa universidad o tener su status socio-económico? ¿Qué era lo que la ciencia y la más avanzada tecnología no alcanzaban a responder?

Las evidencias se convertían en interrogantes implacables, como bien lo decía San Agustín: “la muerte de mi amigo, me convirtió en un denso problema para mí mismo” y así se suscitaba la búsqueda. Era el momento de estar, de marcar presencia. No teníamos oficinas pero si lugares comunes y horas conocidas; allí nos podían encontrar siempre dispuestos a escuchar sin pretensión alguna de adoctrinar o convencer a nadie, ese delicado trabajo en el corazón se lo dejamos a Dios mismo; a nosotros nos tocaba simplemente ser esa palabra como espada afilada que penetra hasta las junturas del alma y el espíritu, secundando dócilmente ese fino tejido del Espíritu en cada persona.

Que sensible y atento se hace el discípulo-misionero cuando llega el tiempo del dolor ante los duelos familiares y más aún ante la muerte que repentinamente cercena la vida de innumerables jóvenes en absurdos accidentes entre la chatarra de un auto, en una inesperada caída en la nieve porque era su deporte favorito o desangrado en una sala de urgencias porque fue acuchillado en un asalto.

La amistad, la impotencia, la rabia o la tristeza, unían en estas ocasiones a creyentes y ateos, que en torno al dolor de un amigo o una mamá, asistían a veces, por primera vez a una eucaristía, o se estremecieron ante ese inusual sacramento de la unción de Patricio, (Pato para los amigos) conocido por tantos en la universidad, por su alegría, su fe desafiante, su disponibilidad y que luchó hasta el final con un tumor cerebral.

Aún recuerdo su funeral...su rostro sereno, contrastaba con las lágrimas, el desconcierto y el dolor que se reflejaba en cientos de estudiantes y profesores que llegaron allí aquella mañana, para

decirle adiós a su amigo. Sin poder habérselo imaginado, algunos empezaron a acercarse al Dios en quien el Pato creía y confiaba, y a quien ahora se unía, como les había dicho antes de morir.

Todo se convertía en puerta hacia la fe y la experiencia de Dios, solo teníamos que estar atentos a ese pequeño fuego que empezaba a arder en quien menos esperábamos; hacer de todo ocasión de misión y especialmente ser en cada segundo “lugar de encuentro” con el Dios de Jesucristo, el de Nazareth y el Calvario, amigo de publicanos y pecadores, que en nosotros vuelve a caminar por la tierra para salir al encuentro de todos sin excepción ni acepción de personas.

EL DESAFÍO CONSTANTE²

El secreto de la pastoral y el catecumenado en el ambiente universitario como dice el P. Bonet B, nuestro fundador: “la humilde conversión diaria”; el ser personas orantes, dejándonos impactar por su Palabra, viva y eficaz (Hb 4,12), para ser capaces de crear fraternidad a cada paso y continuar la construcción del Reino, impulsados por el Espíritu que nos lleva a ese TODOS de Dios que añora a cada hijo en su hogar. Por eso, no hay métodos, ni protocolos estándar; pero si la Palabra de Dios encarnada en la persona de Jesucristo, que nos ha de ayudar a buscar sin descanso el hacer significativo el anuncio del evangelio y propiciar con nuestra vida la posibilidad de que cada persona llegue a ese encuentro existencial con la persona de Jesucristo, porque todos pasamos, solo Dios permanece, y es el fiel compañero que no defrauda.

2 Para profundizar nos puede enriquecer la Constitución Apostólica “Ex Corde Ecclesiae” sobre la universidad católica; las reflexiones sobre el tema en las conferencias Episcopales Latinoamericanas (CELAM) y en los documentos de seminarios y encuentros para Latinoamérica entre los que se destacan: El documento de los seminarios Buga I y Buga II (1967) y las actas de los encuentros de Pastoral Universitaria: Bogotá (1975), Fusagasuga (1985), Guadalajara (1993), Cochabamba (1997).